

# NUEVAS APORTACIONES A LA LITERATURA VIAJERA DE SIERRA MÁGINA: JOSEP MARIA ESPINÀS

Aurelio Valladares Reguero

## RESUMEN

A mediados del mes de mayo de 2002, Josep Maria Espinàs (Barcelona, 1927), con una dilatada y fructífera carrera como periodista y escritor, recorría varios pueblos de Sierra Mágina (Cambil, Huelma, Bélmez de la Moraleda, Bedmar, Jimena, Albanchez, Torres y Pegalajar), experiencia que daría lugar al libro *A peu per Andalusia. Sierra Mágina, la frontera cristiano-musulmana*, publicado primeramente en catalán (2003) y más tarde traducido al español (2004). El autor no es el turista convencional que quiere conocer los aspectos culturales Ben sentido amplioB de cada pueblo o comarca. Le interesan más las gentes: cómo viven, qué piensan, cómo hablan, cuáles son sus preocupaciones cotidianas, qué recuerdos y experiencias mantienen de su pasado, etc.

PALABRAS CLAVE: Literatura de viajes. Sierra Mágina. Josep Maria Espinàs.

## SUMMARY

In mid-May 2002, Josep Maria Espinàs (b. Barcelona, 1927), a journalist and writer of a long and fruitful literary career, travelled to various villages of Sierra Mágina (Cambil, Huelma, Bélmez de la Moraleda, Bedmar, Jimena, Albanchez, Torres and Pegalajar), an experience that gave rise to his book *A peu per Andalusia. Sierra Mágina, la frontera cristiano-musulmana*, first published in Catalan (2003) and later translated into Spanish (2004). The author is not a conventional tourist in search of cultural aspects Bin a wide sense of the wordB of each of these villages or of the area. He is more interested in their people: how they live, their beliefs, how they speak, their daily worries, the memories and experiences that they hold from the past, etc.

## INTRODUCCIÓN

**E**n las XVIII Jornadas de Estudios de Sierra Mágina, celebradas hace cinco años (Pegalajar, 7 de octubre de 2000), presentaba una comunicación bajo el título de “La comarca de Sierra Mágina en libros de viajes extranjeros y españoles”, luego publicada en la revista *Sumuntán* (nº 15, 2001, pp. 115-152). Allí exponía que, si bien las principales “guías de caminos”, desde la pionera de Juan Villuga (1546), presentaban itinerarios por nuestra comarca, la verdad es que no eran

éstos los más utilizados por los viajeros, que preferían otros menos dificultosos en lo que hoy es la provincia de Jaén; la cual, por cierto, no dejaba de ser, en la mayoría de los casos, un simple lugar de paso hacia (o desde) los destinos mágicos (especialmente en la época dorada de la literatura viajera: el siglo XIX) de Granada, Córdoba y Sevilla. No obstante, lograba presentar un puñado significativo de fichas bibliográficas y de textos, tanto de autores extranjeros como españoles (desde el siglo XVII a nuestros días), entre los que curiosamente se encuentran los que podemos considerar como los dos clásicos del género en las lenguas inglesa y francesa: Richard Ford y Charles Davillier, respectivamente.

Afortunadamente, en el transcurso de este último lustro se han producido novedades más que notables, señal evidente de que los tiempos están cambiando y que los actuales escritores-viajeros se están apartando de los tópicos tradicionales en sus preferencias.

Por lo que se refiere a la literatura extranjera, quisiera resaltar la aportación del escritor inglés Roy Nash (Londres, 1937) en su libro *North from Granada* (Cambridge, The Oleander Press, 2002). Se trata del relato de un periplo viajero desde Granada a Madrid, distribuido en veinticinco capítulos, ocho de los cuales (del 51 al 121) corresponden al paso por la provincia de Jaén. Para nuestro caso concreto nos interesan los capítulos 51 y 61 (pp. 48-58 y 59-69), que figuran en el índice bajo estos respectivos rótulos: “Withstanding temptation. Huelma” y “The day of errors. Torres”<sup>1</sup>.

En el campo de la literatura española tengo que reseñar la obra del escritor comprovinciano Juan Eslava Galán *Un jardín entre olivos. Las rutas del aceite en España* (Barcelona, RBA, 2004), que sigue el modelo de *Las rutas del olivo. Masaru en el olivar* (Jaén, Diputación Provincial, 2000), ya reseñada en nuestro trabajo anterior (p. 133). Esta vez el empresario japonés Masaru Saito, de nuevo protagonista del viaje novelesco, recorre distintos lugares de España en los que hay explotaciones de aceite. De los veintiocho capítulos de que consta la obra, varios de ellos lógicamente están dedicados a la provincia de Jaén. Concretamente, y por lo que ahora nos importa, el capítulo 271 afecta a las poblaciones de Jódar, Jimena y Jaén capital (pp. 225-232).

<sup>1</sup> Quiero aprovechar la ocasión para mencionar otras dos obras anteriores en el tiempo, pero que no fueron incluidas en mi trabajo citado. La primera es *A tramp in Spain: from Andalusia to Andorra* (London, George Newnes, 1904), de Bart Kennedy, que en el capítulo IX (“Passing Along”, pp. 144-150), nos habla de su paso por Campillo de Arenas camino de Jaén. Algo similar tenemos con la escritora británica, de raíces españolas, Nina Consuelo Epton, en su obra *Andalusia* (London, Weidenfeld and Nicolson cop., 1968), donde, tras recorrer Jaén, Baeza, Úbeda y la Sierra de Cazorla (capítulo 11), se dirige a Granada por Campillo de Arenas (p. 36).

En la presente comunicación no me voy a detener en ninguna de las obras que acabo de nombrar (sin que ello suponga restarles importancia), sino en otra, que tiene un significado muy especial para nosotros, ya que se trata del primer relato viajero dedicado por entero a Sierra Mágina. Concorre, incluso, otra circunstancia digna de reseñar: el autor no es un escritor ocasional, sino que, como veremos a continuación, se trata de un experto en este género literario.

Supongo que algunos de ustedes conocen ya la obra en cuestión. Por ello, no es mi pretensión descubrirles algo novedoso, sino simplemente ofrecer unos cuantos comentarios y consideraciones derivados de su lectura. Me estoy refiriendo, para no dilatar más el preámbulo, al libro de Josep Maria Espinàs *A peu per Andalusia. Sierra Mágina, la frontera cristiano-musulmana* (Barcelona, Edicions La Campana, 2003). Debió de salir a la luz a comienzos de 2003, ya que recuerdo haberlo visto en una librería de Barcelona en la Semana Santa de dicho año. Y a finales del año siguiente aparecía de nuevo, pero esta vez traducido: *A pie por Andalucía. Sierra Mágina, la frontera cristiano-musulmana* (traducción de Paco Saula Adell, Barcelona, Edhasa, 2004). Para el presente trabajo me he servido de esta edición traducida.

## 1. EL AUTOR

Josep Maria Espinàs Masip, nacido en Barcelona (7-3-1927), es un hombre polifacético, con una dilatada y fructífera carrera como periodista y escritor. Tras pasar por los Escolapios de la ciudad condal, cursó la carrera de Derecho, que concluyó en 1949. No duró mucho tiempo su interés por la abogacía, de la que se aparta en 1955 para formar parte del plantel de autores de la editorial Destino, tarea más en consonancia con su vocación literaria. Precisamente, poco antes había conseguido el Premio Joanot Martorell con su novela *Com gaviners o flames* (1954), a la que seguirán una decena más de obras narrativas. Por otra parte, el mismo año en que concluía sus estudios de Derecho había comenzado su actividad periodística en *El Correo Catalán*, haciéndolo, además, de forma brillante, ya que su primer artículo fue distinguido con el Premio Ángel Guimerá. Durante más de dos décadas fue columnista del diario *Avui* (abril de 1876- enero de 1999), de donde pasó a *El Periódico de Cataluña*. Aparte de la prensa escrita, también ha hecho incursiones en otros medios informativos: como director y presentador de programas de televisión y como colaborador radiofónico. Son muchos e importantes los galardones que jalonan su palmarés profesional, entre los que cabe destacar -además de los reseñados- el Premio Ciudad de Barcelona de periodismo (1983), la Cruz de Sant Jordi (1983) y el Premio Nacional de Cultura (1995), estos dos últimos otorgados por la Generalitat de Catalunya. No podemos olvidar

tampoco que fue fundador del “Setze Jutges”, grupo que va a iniciar el movimiento de la “Nova Cançó”, y que llegó a grabar once discos, con adaptaciones de George Brassens y canciones para niños.

Su producción literaria se acerca al centenar de obras, algunas de las cuales han sido traducidas a otros idiomas. Y aunque pertenecen a los más variados géneros, en esta ocasión nos interesa destacar el apartado de libros de viajes, formado hasta la fecha por una veintena de títulos. La mayor parte de ellos, incluido el que va a ocupar nuestra atención, consignan a comienzos del título la expresión “A peu...” (“A pie...”), indicativa de que el autor del relato “se pateó” literalmente los lugares descritos. Son los siguientes: *A peu per la Terra Alta* (Barcelona, La Campana, 1989 y 1993), *A peu per la Llitera. Viatge a la frontera de la llengua* (Barcelona, La Campana, 1990 y 1998), *A peu per l’Alt Maestrat* (Barcelona, La Campana, 1991, 1992 y 1998), *A peu pels camins de cendra. Viatge al Berguedà* (Barcelona, La Campana, 1994), *A peu per Matarranya* (Barcelona, La Campana, 1996), *A peu per l’Alcalatén* (Barcelona, La Campana, 1996), *A peu del Comtat i la Marina* (Barcelona, La Campana, 1998), *A peu pel Pallars i la Vall d’Aran. 1956* (Barcelona, La Campana, 1999 y 2004), *A peu pel Priorat. 1957* (Barcelona, La Campana, 1999), *A peu per la Segarra. 1962* (Barcelona, La Campana, 1999), *A peu per Castella. Terres de Sòria* (Barcelona, La Campana, 1999), *A peu pel País Basc: Bizcaia* (Barcelona, La Campana, 2000), *A peu per Extremadura. Las Villuercas i los Ibores* (Barcelona, La Campana, 2001), *A peu per Galicia. De la Ulloa a Val de Camba* (Barcelona, La Campana, 2002), *A peu per la Costa da Morte. La Galicia atlántica* (Barcelona, La Campana, 2004) y *A peu per Mallorca. Sense veure el mar* (Barcelona, La Campana, 2005). Tres de ellos (además del dedicado a Sierra Mágina) han sido traducidos por ahora Bque yo sepaB : *A pie por Castilla. En tierras de Soria* (Barcelona, Emecé, 2000), *A pie por la Costa da Morte* (Barcelona, Edhasa, 2004) y *A pie por Galicia* (Barcelona, Edhasa, 2005).

Como puede verse, son distintas (y a veces distantes) las comarcas españolas recorridas. Pero hay algo más digno de resaltar: salvo unos pocos, estos relatos son relativamente recientes en el tiempo, lo que revela que pertenecen a la etapa madura del autor y, por consiguiente, que quien ha recorrido “a pie” tan accidentados parajes no ha sido precisamente un “jovencito”, circunstancia que hace aún más meritoria su tarea.

## 2. LA OBRA

Centrándonos ya en la obra anunciada, señalaré que consta de un prólogo y nueve capítulos, dedicados éstos, respectivamente, a las poblaciones de Cambil,

Huelma, Bélmez de la Moraleda, Bedmar, Jimena, Albánchez (ésta lleva dos capítulos), Torres y Pegalajar. El relato está presentado en forma de diario, correspondiendo a cada capítulo cada uno de los nueve días que duró el recorrido, llevado a cabo entre el jueves 9 y el viernes 17 de mayo de 2002, ambos inclusive. Hasta la población en que inicia el itinerario había llegado el autor-viajero en un taxi desde el aeropuerto de Granada, de igual manera que hará al final, en sentido inverso, con destino a su residencia barcelonesa. El “Prólogo” está fechado en “julio-agosto de 2002”, dato del que se desprende que no se dio tregua, sino que en pocos meses ordenó las notas tomadas durante su viaje hasta cristalizar en el libro que ahora concita nuestra atención.

El primer interrogante que nos surge es el motivo que pudo traer a Sierra Mágina a Josep Maria Espinàs. Es cierto que se trata de un hombre muy curtido -como acabamos de comprobar- en estas lides viajeras, sí; pero también con 75 años a sus espaldas. En tales circunstancias, ¿qué razones determinaron su decisión? Pues bien, todo ello nos lo revela de forma muy clara y precisa en el “Prólogo”. Comienza apuntando que, después de haber fijado sus narraciones de viajes anteriores en tierras de Castilla, el País Vasco, Extremadura y Galicia, pensó en las muchas posibilidades que le ofrecía Andalucía, aunque, eso sí, aplicando el mismo criterio de siempre a la hora de la elección:

Una zona no turística, alejada de los grandes itinerarios, con una cierta identidad comarcal y que no haya perdido todavía los rasgos más característicos de la vida andaluza. (p. 9)

Y agrega:

Creí que debía ir a tierras de Jaén. Pero no a lugares de reconocido atractivo monumental -Úbeda, Baeza... poblaciones demasiado grandes para un caminante, incluidas en las rutas programadas- ni muy promocionadas, paisajísticamente hablando, como la Sierra de Cazorla. Busqué, pues, en un mapa convencional de carreteras, un rincón que no fuese famoso todavía y encontré dos palabras que me sedujeron: Sierra Mágina. Y en sus alrededores, unos cuantos pueblos cuyos nombres no conocía. (p. 9)

En la decisión influyó -según nos confiesa- la opinión favorable del biólogo del Coto de Doñana Miguel Delibes (hijo del famoso escritor vallisoletano del mismo nombre), al que acudió por consejo de un amigo catalán. Y fue precisamente Delibes quien le puso en contacto con Almudena Chamorro, directora de la Asociación para el Desarrollo Rural de Sierra Mágina, quien facilitó al autor las tareas preparatorias a través de diversas gestiones. A ambos expresa Espinàs en el “Prólogo” su agradecimiento, que hace extensivo también a sus compañeros de

viaje Isabel Martín (encargada de tareas editoras) y Sebastià Alquézar. Adelantemos que la primera se incorporará el cuarto día, en Bedmar (el domingo 12 de mayo), en tanto que el segundo comparte todo el periplo.

Las pretensiones del autor catalán en este viaje quedan suficientemente explícitas al final del “Prólogo”, que, debido a su interés, voy a reproducir:

Tengo la impresión de que este libro denota de forma especial aquello que también se percibe en los otros [libros de viajes del autor]: he ido a Andalucía para escuchar. A algunos escritores les resulta difícil dejar de escucharse a sí mismos, y a veces no les llega la voz a los demás. A mí me apasionan estas voces tan diferentes, tan reveladoras. Creo, también, que en estas páginas se encuentra el autorretrato oral de unos determinados andaluces; no de el andaluz, que es un ser tan inexistente como el catalán, aunque pueda ser objeto de debate, como todo aquello que se desconoce, con una magnífica suficiencia. Mi aspiración se limita a intentar acercar al lector una realidad concreta; la de unos cuantos pueblos, la de unas cuantas personas.

No he escuchado, ni auscultado, con la intención de emitir diagnóstico alguno. Lo único que me he propuesto es recoger una materia viva, confiando en que se mantenga en estas páginas en buenas condiciones. (pp. 11-12)

Después de esta declaración de intenciones, llega el relato del recorrido “a pie” por Sierra Mágina, de acuerdo con el itinerario al que ya hemos hecho mención más arriba.

Cuando llega a cada uno de los pueblos, suele describirlos con grandes (pero a la vez precisas) pinceladas, resaltando aquellos aspectos que mayor impacto han causado ante sus ojos. Así lo hace, por ejemplo, con el primero de ellos, Cambil, sobre el que escribe estas líneas llenas de plasticidad:

Dos grandes riscos de roca pelada, abruptos, impresionantes de tan próximos y prácticamente unidos por la base. Por esa angostura discurre un río. A ambas orillas las casas de Cambil casi se hunden en el desfiladero, obstruyéndolo como un tapón, y algunas, las más nuevas, están diseminadas al pie de las paredes casi verticales de los dos centinelas de piedra que guardan el paso. (pp. 17-18)

Algo similar ocurre con el paisaje que se encuentra en el trayecto de una población a otra, donde tampoco faltan muestras del buen hacer literario del autor. Veámoslo en el camino de Huelma a Bélmez de la Moraleda:

Franqueamos el Jandulilla por un puente y seguimos hacia arriba. Llevamos dos horas de camino. Siento que el aire vuelve a enfriarse, y

eso que nos hemos abrigado al salir de Huelma. El valle se ensancha y se estrecha sucesivamente, es un hermoso paisaje, tranquilo. Absolutamente silencioso. Pasamos muy cerca del cortijo de las Huertas, un espacio limpio, con una almazara, hoy cerrada quizás porque es sábado. El olor concentrado del aceite nos acompaña durante unos pasos.

Un camino que trepa por un desfiladero nos llevaría hasta Cabritas, donde hay, muy lejos, un cortijo engastado entre rocas que no se ve desde el camino. Pasamos, en cambio, frente a una casa baja, modesta, que se anuncia como la VILLA SAN ANTONIO. La han abandonado. Dos pequeñas palmeras y una parra también diminuta se ven junto a la puerta, cerrada, de madera carcomida. Pero en el suelo hay unos rosales en flor, llenos de rosas pálidas, unos rosales que deben de rebrotar cada año. El color de las flores se desmaya.

En la otra vertiente del valle, muy arriba en la montaña, Solera. Aquí el valle se ha ensanchado un poco, y el juego, en constante movimiento, de nubes y retazos de cielo azul, hace que Solera, una línea de casas como una pincelada fina y continua, aparezca a veces como una ceja blanca, una única huella luminosa en medio de la montaña en sombra. Después, una nube tapa el sol y la lejana hilera de casas parece apagarse, es sólo una estrecha franja entre la roca. (pp. 69-70)

Dentro de los pueblos, a nuestro autor le gusta pasear por las calles y, sobre todo, hablar con las gentes que se encuentra. A la hora de presentar estos diálogos ante el lector, unas veces reproducirá únicamente las respuestas, sirviéndose del estilo indirecto para las preguntas; en tanto que en otras ocasiones se servirá por entero del estilo directo.

Un ejemplo de lo primero lo tenemos en la conversación que mantiene el autor con la mujer que regenta un bar de Jimena, donde han podido comer:

Quando le pregunto qué nos podría traer de postre, me dice, excusándose: “Perdone, pero esto no es un restaurante...”. De acuerdo, de acuerdo, pero tal vez tenga una barrita de chocolate, yo soy un chocoladicto, ¿sabe usted? Me dice entonces, con amabilidad: “¿Le hago una taza?” Gracias, pero no estoy al borde de una crisis, un café será suficiente. (pp. 132-133)

Por supuesto, resultan mucho más vivaces y atractivos los diálogos en estilo directo completo, como el que mantiene con un hombre al que se encuentra en el camino de Jimena hacia Albánchez:

- No sé si usted sabe dónde está -me dice.
- No, somos de Barcelona.

-Pues de aquí hay medio kilómetro.

- ¿Y qué hay en ese pilar? ¿Una buena vista?

- Pues... es donde nosotros tenemos el ganao, hay una obra de moros. Yo no voy tós los días, que va mi hijo. Yo es que tengo candar, estoy operao del corazón, o sea que tengo candar. Y tengo que subir a ver los animales.

- Pues es una buena subida, y usted anda con paso ligero.

- Pues sí, no me voy a quejá. (p. 150)

Como puede observarse en el ejemplo anterior, nuestro autor procura reproducir la forma de hablar de los personajes; sin pretensiones de fidelidad lingüística, sino simplemente de manera que el lector se pueda hacer una idea lo más aproximada posible. Ya lo había dejado claro en el “Prólogo” del libro:

No han sido trasladados [los diálogos] íntegramente a una ortografía castellana académica ni pretenden, tampoco, transcribir de forma fiel y sistemática la fonética andaluza de las personas con quienes he conversado. He usado con discreción algunas formas de pronunciación, cuando me ha parecido un recurso adecuado y suficiente para transmitir al lector el regusto de un lenguaje oral que le ayude a aproximarse con mayor viveza a la expresión popular. (p. 11)

En este orden de cosas, resulta reveladora la escena de los vendedores ambulantes con los que coincide en el día de mercado en Albanchez. Creo que merece la pena, a pesar de su extensión, reproducir el sabroso texto de nuestro autor:

Un hombre grita:

- Que doy cuatro braguitas, que los otros dan tres. Que no, que no dan cuatro, que lo sé, que yo doy cuatro porque soy yo. Cuatro braguitas quinientas, ale, cuatro braguitas quinientas.

El de las naranjas hablaba de euros, pero este hombre aún habla de pesetas. Se mueve arriba y abajo, por delante de la parada, gritando autoritario.

- Una, dos, tres, cuatro... Braguitas de cuello alto, el algodón no engaña. -Y añade, increíble-: Braguitas sin estrená.

Aprovecho un momento en que se calla para acercarme a él y le pregunto:

- ¿El viernes estarán en Pegalajar?

Estos vendedores ambulantes van de pueblo en pueblo, y me gustaría encontrármelos de nuevo. La respuesta es seca:

- ¿Por qué?

- Porque pasado mañana estaremos allí.

Ahora resulta un tanto agresivo:



- ¿Pa qué?
- Para saber si los encontraremos y...
- ¿Qué pasa?
- El tono me fuerza a decir:
- No, nada..., déjelo.

Algo más adelante hay una parada de ropa interior femenina, y una mujer mira y remira los sujetadores.

- Es que no sé la talla...
- El hombre tiene la solución:
- Pues le pongo la mano.

Un vendedor anuncia su mercancía, y otro, cerca, hace lo propio. El griterío es considerable, hasta que oigo que uno de ellos dice:  
- Oye, cuando hablo yo callas tú, y si tú hablas, yo callo. O nos ponemos de acuerdo o seguimos los dos a la vez, y no vendemos ná.

- Calcetines pa los pies Banuncia alguien.

Un hombre se aleja de una parada de fruta y le oigo rezongar, indignado: “¿Las mejores cerezas y los mejores pimientos, dice el tío? ¡Qué pájaro! A mí no me gusta que me engañen”.

- Un vendedor, que no tiene nadie delante de su parada, grita:
- ¡Qué barbaridá, qué barbaridá, qué barbaridá, qué barbaridá!

Cuatro veces. No sé si lo hará por llamar la atención o porque se admira él mismo de los precios que ofrece.

La escena más bonita es la de la vendedora y la compradora de fruta, que ha abierto el monedero, lleno de euros y céntimos de euro, y las monedas van de una mano a otra, y yo no entiendo nada. La compradora tampoco, pero deja que la otra siga con lo suyo:

- Y por ésta que te doy aquí, 50. Me has dao 3, 15, 80, aquí te sobran 10... Ahora son 85, y tienes aquí 10, 20, 30, 40, 50, 60, 70... 70, espérate, espérate -le coge más monedas-, 2, 4, 6, 8 y 10, ya serían 80, y ahora... Bueno, te he dejao el monedero hecho un lío. Escurrío. (pp. 191-194)

Es evidente, por tanto, que José María Espinàs siente predilección por los personajes populares, aspecto puesto especialmente de relieve en Albánchez, el único pueblo en que permanece dos días y donde se encuentra con Pedro el Carpintero, Sebastián el Litro, Andrés el Cuco, Francisco el Fanfarrilla, Paco el Moya (o Molla)..., todos con su apodo, porque, como le aclara este último: “Aquí todos tenemos otro nombre” (p. 172).

Le gusta que le cuenten sus historias personales (experiencias vividas, dónde han trabajado antes, etc.), algunas de ellas no exentas de llamativas sorpresas, como la de un hombre de ochenta años de Huelma, todavía bien parecido (con bigote al estilo del famoso actor de cine Clark Gable), que ahora cultiva su huerto, pero que hace años trabajaba de “encargado” (valga el eufemismo) en el Barrio Chino de Barcelona (pp. 55-62). O la de Antonio el Marchena, un “mulero de toda la vida”, analfabeto, de Albánchez, con sus expeditivos remedios -que hoy día harían clamar a la Sociedad Protectora de Animales- para vengarse del asno que le había partido un diente, o del perro que le había comido los dos huevos que le acababa de preparar su madre (p. 214).

Resulta congruente con lo anterior que nuestro autor no comparta el hecho de que en Torres hayan dado a una de su calles principales el nombre de “Baltasar Garzón Real”, el famoso juez nacido en el pueblo. Y no por cuestión personal, sino porque, en su opinión,

lo que ningún pueblo debería permitir es que un nombre de persona -sea quien sea- suplante aquello que es patrimonio de generaciones: calle Mayor, plaza Mayor, plaza de la Iglesia, plaza del Mercado. (p. 237)

Espinàs es consciente de que hay aspectos de la comarca visitada muy dignos de destacar. De ahí que recuerde, al llegar a Torres, cómo entre 1925 y 1926 un botánico catalán, Josep Cuatrecasas, estuvo estudiando la flora y la fauna de esta zona, y llegó a descubrir algunas especies que sólo existían aquí (pp. 224 y 231-233). Sin embargo, sigue insistiendo en que el objetivo de su viaje es otro. Después de la primera referencia al citado botánico, nos lo explicita de la siguiente forma el autor:

Pero no es eso lo que me ha traído hasta aquí, sino el deseo de Torres después de Albánchez. Y debo confesarlo: el *Daphne gnidium*, la *Vicia glauca*, el *Monticola sazatalis* o el *Alytes dickkileni*, nunca me atraerán tanto como Pedro el Carpintero, Dieguillo el Medias, Andrés el cuco o Juan el Salmonete. (p. 224)

De cada uno de los pueblos nos muestra lo que considera más representativo, sin ocultar en ocasiones Blas menosB rememorar algún hecho histórico notable. Lo mismo recuerda, por ejemplo, la leyenda en torno al Cristo del Mármol, en Cambil (pp. 31-32), que se detiene, de forma pormenorizada, en todo lo relativo a las “caras de Bélmez” (pp. 82-92). En Pegalajar, por su parte, repara en las “casas-cueva”, tipo de vivienda tradicional, de la que se conservan varias muestras en esta población, siendo, precisamente, una de ellas la que servirá de hospedaje a nuestros tres viajeros. La describe con estas palabras:

La ventana de entrada, la única que hay en la cueva, corresponde a la pequeña cocina. Lo más espacioso es la sala de estar, a cuya izquierda quedan los necesarios servicios y un dormitorio, una excavación imaginable cuando se observa la pequeña entrada desde fuera. Adentrándose en la cueva, aparecen dos concavidades más, de forma sucesiva. Más espacio para dormir. Entre estos espacios de la cueva no hay puertas, pues se accede de un lugar a otro a través de unas aberturas grandes pero de perfil irregular, hechas a golpe de pico. No hay forma de ajustar una puerta, ahí. Sobre cada una de las aberturas, una barra con una cortina. Isabel dormirá a la izquierda, según se entra; yo en el espacio que sigue, después de la sala y Sebastià al otro lado de la cortina, en el dormitorio que hay al fondo. (p. 278)

También le interesa constatar que todavía viven personas que se dedicaron a un oficio típico de esta zona, pero hoy ya desaparecido: el de los “neveros”. En Torres se topa con una de ellas:

El hombre me cuenta que se ha pasado cuarenta años yendo a por nieve a la montaña. A los diez, ya iba para allí: “Y teníamos que ir a las dos de la noche, cuando hacía más frío, yo iba con tres mulas. La llevábamos a toas partes, a Úbeda y to. El hielo pierde la temperatura más rápido, la nieve era mejor. Cavábamos la tierra de noche”. Le pregunto cómo hacían para conservar el hielo, en las casas. “En una habitación que no le diera el aire, y echábamos serrín y paja”. La nieve era útil en medicina, pero este hombre la necesitaba “pa helaos”. (p. 238)

En contraste con todo lo anterior, observamos cómo el autor pasa por alto los edificios histórico-artísticos existentes a lo largo del recorrido. No deja de sorprender, a este propósito, que no hable para nada de los valores arquitectónicos de la iglesia de Huelma, a la que despacha con referencias muy genéricas:

La plaza de la iglesia es un mirador excelente, y el edificio es una pieza renacentista, un monumento de grandes dimensiones, con una torre imponente. (p. 43)

Todo hace pensar que no entró en ella. Pero quizá no sea ésta la explicación, porque sí lo hará días después en la iglesia de Torres, con motivo de una misa de funeral a la que asiste bastante gente, y, sin embargo, tampoco reparará en aspectos artísticos del edificio o de las imágenes, sino sólo en detalles de la ceremonia que le llaman la atención, tanto en lo que concierne a las intervenciones del oficiante como de los feligreses (pp. 239-240).

Por otra parte, nos queda la duda del grado de información con que contaba el autor sobre cada pueblo. Es verdad que, si bien no es el pasado histórico -como

venimos comprobando- lo que más le interesa, de vez en cuando apunta algún dato a este respecto, señal de que antes de iniciar el viaje procuró documentarse. Ahora bien, da toda la impresión de que no fue un asunto prioritario para él. Es más, entiendo que el autor sufre algún lapsus por el motivo señalado. Y me baso para ello en las alusiones que hace a un personaje capital en la historia de la comarca visitada: el Marqués de Santillana. No olvidemos que Espinàs hace consignar en el propio título del libro que Sierra Mágina fue “frontera cristiano-musulmana”. En dos ocasiones del relato -totalmente lógicas, por cierto- se refiere el autor al famoso personaje del siglo XV, más conocido por su obra literaria que por su actuación política.

En la primera, al hablar de Huelma, recuerda que en 1438 el guerrero poeta conquistó definitivamente para los cristianos aquel baluarte (p. 52), dato que es correcto, pero no así el comentario que hace en la página anterior sobre la célebre serranilla de la “Vaquera de la Finojosa”. Relaciona el segundo verso (“non vi en la frontera”) con la “frontera... que delimitaban los poderosos castillos de Bélmez y Huelma, cuya propiedad alternaron moros y cristianos” hasta la referida fecha de 1438 (pp. 51-52). Ha procedido con una cierta lógica, pero debemos corregir en el sentido de que, de acuerdo con la crítica especializada, el topónimo “Finojosa” hace referencia a la población cordobesa de Hinojosa del Duque y que la composición poética debe fecharse algunos años antes, en 1431, cuando se encontraba convaleciente en tierras de Córdoba.

Más importancia reviste, a mi modo de ver, la segunda mención; esta vez, en Bedmar, al rememorar los tres primeros versos de otra serranilla, cuyo texto reproduce así:

Entre Torres y Canesa  
acerca del Sallozar  
follé moça de Bedmar. (p. 121)

Por una parte, nos habla de las serranillas 5 y 8, que confiesa no tener a mano en ese momento, aunque sí la que comienza de la forma indicada. No puedo aclarar mucho sobre este particular, ya que no hay coincidencia entre las ediciones más conocidas a la hora de numerar las serranillas. Quizá es lo de menos, como también algunas variantes textuales en los mencionados versos. No obstante, sí sorprende el topónimo “Canesa”, que interpreto como una errata, en vez de “Canena”, que recogen -aunque de forma errada, como luego indicaré- la mayor parte de la ediciones modernas. Ahora bien, resulta tan equivocado como atrevido transcribir el inicio del verso tercero como “follé”, cuando se trata de “fallé” (“hallé”). Y este vez no es una errata, porque nuestro autor nos sigue hablando del “follador confeso de una joven del pueblo” (p. 121), cualidad que refleja en el

mismo titulillo que inserta en el relato: “Señores, políticos, negociantes y el follador” (p. 118). Debemos precisar, en tal sentido, que la cosa no llegó a tanto, como queda patente en el desarrollo de la acción narrada en la composición. Ni siquiera se hubiera atrevido a ello en el siglo anterior aquel campechano y vividor Arcipreste de Hita, mucho más desenfadado en sus historias de mujeres serranas.

Y, por cierto, ya que lo he anunciado, no me resisto a la tentación de volver a proclamar una vez más por escrito -y quizá no será la última- que donde figura “Canena” debe aparecer “Jimena”. Y hay dos razones poderosas. En primer lugar, son varias las fuentes manuscritas e impresas antiguas en que así consta; incluso en varias glosas sobre el poema. Y, en segundo lugar, cualquiera que conozca la zona comprobará que lo lógico es mencionar, junto a Torres, a Jimena, población cercana, y no a Canena, tan distante que hace imposible la verosimilitud de la anécdota serrana que nos presenta el poema. Todavía no pierdo la esperanza de que esta errata, tan repetida en las ediciones de la obra del Marqués de Santillana, quede desterrada de una vez por todas.

## CONCLUSIÓN

Con independencia de cualquier consideración que en cada lector puede suscitar la lectura de la presente obra, más positiva o menos, según el particular juicio de cada cual, sí hay algunos rasgos que sobresalen de forma palmaria.

José María Espinàs no es el turista convencional que de forma rápida y sucinta quiere conocer los aspectos culturales -en sentido amplio- de cada pueblo o comarca: historia, naturaleza, artesanía, fiestas, gastronomía..., deteniéndose en aquellos en que, por razones profesionales o gusto personal, le resultan más atractivos. No quiere esto decir que el escritor catalán prescindiera de ello, ya que, según acabamos de comprobar, también aparecen contemplados en su relato. Ahora bien, ocupan un segundo lugar, en tanto que lo antropológico pasa a primer término. Le interesan las gentes: cómo viven, qué piensan, cómo hablan, cuáles son sus preocupaciones cotidianas, qué recuerdos y experiencias mantienen de su pasado, etc. Es como si pretendiera, recién estrenado el siglo XXI, sacar una radiografía de un rincón de Andalucía en el que, como en otros lugares de España, todavía no ha hecho demasiados estragos la vorágine de la modernidad.

Quizá para algunos no tenga mayor importancia, pero sí es digno de todo encomio que esta ardua tarea se haya emprendido “a pie”, precisamente en unos tiempos en que la mayoría de las personas somos incapaces de dar dos pasos sin echar mano del coche. Y, además, que esto lo haga una persona con 75 años cumplidos. Sorprende, por otra parte, que el viajero escritor apenas haga referencia a los kilómetros de trayecto entre los distintos pueblos (salvo raras y esporádicas

cas indicaciones sobre la distancia recorrida o por recorrer en un momento determinado), como si esto fuera -y en verdad que lo es- totalmente secundario para nuestro viajero.

Todo esto -insisto- con ser importante y digno de reconocimiento, constituye una circunstancia accidental a lo que verdaderamente nos importa. Lo sustancial del relato viajero de Josep Maria Espinàs es la radiografía que, de forma precisa y certera, ha sabido sacar del alma de Sierra Mágina: de sus pueblos y de sus gentes. Quizá generaciones futuras de esta comarca aprecien en su justa medida el valor de estas instantáneas para un mejor conocimiento de sus raíces.

Los pueblos de Sierra Mágina, en definitiva, están en deuda con el escritor catalán. Desde aquí me atrevo a sugerir que, bien en el marco de sucesivas ediciones de estas Jornadas de Estudios sobre Sierra Mágina, o bien a través de cualquier otro cauce, se le rinda el tributo de gratitud al que se ha hecho acreedor por esta obra.